

recogida entre sus páginas con la precisión de quien fue, sin duda alguna, el mejor y menos acre observador de su tiempo. Ventas, posadas, palacios y casas solariegas; bodas rústicas, escenas de caza, entierros, procesiones, rivalidades entre pueblos vecinos; hidalgos, duques, damas, pastores, labradoras, soldados y cuadrilleros... Las costumbres, la convivencia y el diálogo captados a la llana, sin ningún artificio, con realismo tan fluido y convincente por sí solo que hasta creemos percibir la inmediata presencia de las cosas: el olor de los antiguos libros, la frescura de un portal enjalbegado, las resudadas y brillantes monturas, el gastado cordobán de los asientos... Para que nada falte, se incluye en el Quijote la pintada exótica -entonces tan frecuente en las Españas- que determina la aparición del Cautivo y su bella morisca en el prosaico ámbito de una venta manchega. El pueblo que se mueve entre las páginas del Quijote no adolece, por cierto, del enfermizo "oscurantismo" con que modernamente ha sido retratado, tal vez porque son pocos, en verdad, los que han llegado a leerlas por entero. Páginas que irradian una sedante y enriquecedora luz vital, en el concepto de Goethe (quien murió, como es sabido, teniendo por único libro de cabecera la obra inmortal de Cervantes) y que son por otra parte fidedignos espejos de su época. Del Quijote trasciende, sobre todo, un profundo humanismo que refuerza la luz de cada ambiente y se traduce, al márgen de lo anecdótico, en un civilizado panorama de convivencia, medida y cordialidad. Cual corresponde, de hecho, a aquellos españoles y a la talla anímica y humana de Miguel de Cervantes, un hombre excepcional en cualquier tiempo.

Cierto ilustre escritor de nuestros días pone excesivo énfasis en el doble sentido de la palabra "oscuro", refiriéndose al atuendo de aquella sociedad. Es cierto que, en sentido plástico, la España del "Siglo de Oro" se nos muestra en grabados y pin-

turas inclinada a lo fúnebre, demasiado enlutada... Pero no es menos cierto que la combinación del blanco y negro -traje de corte español que llegaría a imponerse en toda Eutopa- ha prevalecido en cualquier indumentaria de ceremonia o etiqueta como sinónimo de exquisitez y elegancia. Al parecer, también en el plano estético se pretende, por puro antagonismo, rizar el rizo de la más descarada inconsecuencia.

El pesimismo que en tiempos de Cervantes comienza a traslucir la sociedad española, y que hallará su máximo exponente en los audaces testimonios de Quevedo, tiene su origen en otras motivaciones que las aceptadas generalmente como punto de partida para explicar la decadencia del Imperio. Tratar de sostener que con Felipe II y el desastre de la "Armada Invencible" se inicia aquel proceso no es ajustarse a la evidencia histórica. Después de la "Invencible" hubo otra Armada superior en potencia y con mayor capacidad de maniobra. Con Felipe III, y hasta con Felipe IV, los Tercios españoles sostenían firmemente todavía el pabellón nacional en todo el mundo. Y si hemos de creer a historiadores de evidente prestigio que se apoyan en documentos fehacientes de la época, aún tuvo España ocasión de evitar el desenlace. Tampoco hay que cifrar exactamente la decadencia española en el costoso desgaste originado por las guerras llamadas "religiosas" o por la ayuda prestada a la Casa de Austria durante la Guerra de los Treinta Años. La repetida decadencia española no se inició -aunque existan factores determinantes- en el seno de Europa sino en la misma España...

Conviene en este punto establecer una clara diferencia entre la sociedad castellana (entendiendo por Castilla casi todas las regiones y provincias cuyo idioma nativo es hoy el castellano) de la del resto de la Península. El esfuerzo con que contribuían a la empresa común los españoles de Castilla

